

aristocracia eclesiástica, y lo entrega á todos los hombres; despierta en la vida moral la conciencia libre y en la vida intelectual el libre exámen; llama á los fieles á cantar en coro bajo las bóvedas de las iglesias como si la universalidad de los ciudadanos formara el cuerpo eclesiástico; y por estos divinos caracteres, á pesar de sus horribles dogmas sobre la predestinacion y el albedrío, nunca bastante reprobados, entra como saludable levadura en el moderno progreso.

CAPITULO III

LA DIETA DE WORMS

No se acaban nunca las anécdotas relativas á este viaje de Lutero. Trausch cuenta en el tomo segundo de su «Crónica de Estrasburgo» que el bufon del duque de Baviera, ridículamente vestido, como todos los bufones, aguardaba al doctor en la puerta de Worms; y al verlo venir, dijo agitando una cruz que llevaba en la mano derecha y un cirio que llevaba en la mano izquierda: «Ya llegó aquel á quien esperamos en tinieblas.» Lutero mismo cuenta en sus cartas y memorias cómo, en la noche de su llegada, se le presentó el Landgrave de Hesse y le preguntó si era verdad que toda jóven tenia, segun su doctrina, derecho á divorciarse de un marido maduro para unirse con otro mas verde. Lutero no pudo menos de sonreir viendo cómo las viejas ideas calumnian á las nuevas, y contestar con una ligera broma á la pesada broma del monarca. Despues de recibir todas estas visitas, despues de rezar todas sus oraciones; cuando ya estaba solo y las súplicas á Dios habian serenado su alma, se asomó el monje á la ventana, miró al cielo inmenso, y fortalecido por aquella mirada, cogió la flauta, que nunca se apartaba de él, y tocó una suave melodía religiosa, como si quisiera juntar música de su composicion al coro incomunicable de los astros. A la mañana siguiente, un mariscal del Imperio, precedido por un heraldo de armas, personóse en su alojamiento, y le notificó que el Emperador le ordenaba comparecer á las cuatro de aquella misma tarde, ante Su Majestad, ante los príncipes, ante los electores, ante los generales y jefes de las órdenes del Imperio. El monje res-

pondió que iría, y cayendo de rodillas y plegando sus manos, elevó una fervorosa oración á los cielos.

El aspecto, que presentaba Worms, intimidara de seguro á un alma, menos enérgica que el alma de Lutero. Desde la puerta de su alojamiento á la puerta de la Dieta, la multitud se apiñaba con tal apiñamiento, que impedía dar un paso. En las ventanas, do quier se ofreciese el mas estrecho espacio, campeaban multitud de rostros, en los cuales veíase reflejada la mas viva y mas impaciente curiosidad. Los tejados mismos, desde los cuales apenas podía columbrarse cosa alguna, estaban por inquietas muchedumbres ocupados. Todo el mundo quería ver con sus propios ojos á quien, desde una celda semejante á un sepulcro, amenazaba al Papa, conmovía al Emperador, embargaba á los príncipes de la tierra, divertía la atención general de los asuntos vulgares, trocaba los parlamentos en concilios, removía los pueblos, incendiaba las pasiones, y abría la era de una profundísima y trascendental revolución. El interés, que despertaba, tomó proporciones increíbles; y hubo necesidad de ocultarlo casi, de hacerle entrar por una puerta secreta, de retenerlo largo tiempo en un jardín contiguo al salón de la Asamblea, para que pudiese llegar á su sitio sin ser asfixiado por el inmenso oleaje de la muchedumbre, arremolinada cerca de él como una terrible y verdadera inundación. En el momento de entrar por los corredores, y de personarse en el salón, los príncipes, inclinados á sus ideas y autores de un largo memorial de agravios contra la Sede pontificia, dijéronle, acercándose á él sin escrúpulo y sin recato, que tomase fuerzas en su propio valor y tuviese confianza en el auxilio de Dios. Al tocar en el dintel de la sala, el viejo soldado Jorge Frundsberg, curtido en la guerra, por cien heridas acribillado, veterano de esos para quienes se ha escrito el romance de que su descanso consiste en pelear, acercóse á Lutero con el religioso respeto que el apóstol de las ideas inspira siempre al representante de la fuerza y de la acción, y poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo con cierta mezcla de militar ternura y de religiosa admiración: «Frailecillo, por quien soy que intentas arriesgada empresa; ni yo, ni los oficiales que mando, se han visto en otras semejantes, y eso que las han tenido bien terribles, pardiez. Si estás seguro de tí mismo y de tu derecho, adelante, pues, en nombre de Dios.» «Y adelante,» dijo Lutero, en

respuesta á tales palabras, entrando resuelta y decididamente en el salón de la Dieta. El viejo general tenía razón. Se necesita menos valor para desafiar las balas que para desafiar las supersticiones. Millares de gentes asedian una fortaleza, y bien pocas, en verdad, asedian un error. El sentimiento de las nuevas ideas apenas existe, sino en unos cuantos privilegiados, los cuales, por virtud de este sentimiento, modifican la faz del planeta y tuercen la corriente del tiempo. Lutero tardaba en decidirse. La vacilación y la duda tenían parte principalísima en sus ideas y en sus acciones; pero una vez decidido, llevaba su decisión, si era necesario, hasta el martirio. Y así entró en el gran salón, donde se celebraba la gran Dieta de Worms.

Y, en verdad, se necesitaba extraño valor para presentarse en el seno de aquella grande Asamblea. El sitio, donde verificaba sus sesiones, ha desaparecido por completo. Aunque Lutero dice que este sitio era la Casa de la Ciudad, resulta por diligentes eruditos averiguada la residencia de la Dieta en salón cercano á la Iglesia metropolitana, y desaparecido ya en los incidentes de las tremendas guerras empeñadas de antiguo entre Alemania y Francia. Grande, muy grande debía ser el salón para encerrar tanta gente. Había en él con representación oficial y pública, el Emperador, los seis electores del Imperio, un archiduque, dos Landgraves, cinco Margraves, veintisiete Duques y un gran número de Condes, Arzobispos, Obispos que, entre todos, componían el número de doscientos seis representantes. Unid á ellos los empleados dependientes de la Dieta, la corte de los príncipes, los oficiales de las respectivas guardias, los doctores y maestros adscritos á cada prelado, los asistentes á los diversos solios, las comitivas de menor cuantía exigidas por la inmensa pompa y el deslumbrador aparato de todos los poderes públicos; y decid luego si no podía realmente turbar el ánimo mas sereno aquella inmensa muchedumbre de verdaderas grandezas. Lutero se conmovió y se conmovió profundamente, sintiendo palpitaciones atronadoras en su corazón y vértigos en su cabeza; y si no se conmoviera delante de aquellos próceres, en minuto tan crítico de su vida, cuando iba realmente á decidirse de sus destinos históricos, mostrara que no comprendía toda la inmensa grandeza de su situación y toda la altura de su persona en este ocaso de la Edad Media y en este oriente de la Edad Moderna.

¡Grandioso espectáculo! Bajo el trono Carlos V, de veintiun años escasos, vestido á la usanza española, con su ropilla festoneada de armiño, su gorra cubierta de plumas, su collar de perlas al cual llevaba pendiente el toison de oro, su calzon acuchillado, su manto de muchos pliegues y de larguísima rózaga; al pié del trono, en dos sillones de terciopelo ricamente bordados, los dos Nuncios, el uno con su traje de roja púrpura y el otro con su traje de seda violeta, parecidos ambos á estatuas, por lo inmóvil de su actitud, lo fijo de su mirar, lo puntiagudo de sus barbas recortadas al modo y manera de los tiempos de Julio II; á la derecha del Emperador los príncipes eclesiásticos, verdaderos monarcas, que llevaban una corona espiritual y otra corona temporal en sus sienes, como personificaciones gigantescas que eran del espíritu de la Edad Media; á la izquierda los cuatro electores laicos, resplandecientes de lujo, con todas las insignias de su soberanía, y envueltos en sus capas de terciopelo; aquí, un grupo de Doctores con sus vestimentas universitarias, registrando volúmenes y pergaminos; allí otro grupo de frailes con sus diversos hábitos, observando desde varios puntos de vista el asombroso espectáculo; por un lado los heraldos, de los cuales el uno llevaba la corona imperial, y el otro los báculos y cetros cuajados de pedrería, este la espada imperial, aquel los globos de oro rematados por las cruces latinas; en tal parte los caballeros feudales de Germania, en cuyos petos nielados reverberaban las luces; en tal otra parte los españoles con sus trajes de terciopelo negro realzados por áureo tisú; y en tropel, chambelanes, pajes, alabarderos, guardias nobles, cada cual, según su categoría, con su respectivo uniforme, que daba al grandioso espectáculo con tantos colores, matices, reverberaciones, reflejos, una deslumbradora entonación, capaz de cegar los ojos más acostumbrados á todas estas riquezas.

Lo más extraño, en verdad, de todo aquello, era la Asamblea misma. ¿Cómo? Negábase Lutero á presentarse ante el Papa y los cardenales en Roma, únicos jueces en materia dogmática; y un Congreso reunido para entender en materias puramente políticas, Congreso civil y laico, se sustituía con arrogancia temeraria al verdadero juez y toleraba la presencia en su seno de quien había rehusado el debido acatamiento á sus soberanos y á sus señores. Tal Asamblea usurpaba, con asentimiento del Papa, cuyos Nuncios allí

se veían cerca del Emperador, atribuciones y facultades correspondientes por completo á los Concilios, únicos que tienen jurisdicción para entender en las creencias y las ideas de los sacerdotes, como que son el cuerpo y el alma de todo el sacerdocio. Worms parecía una Bizancio ó una Nicea; Carlos V parecía uno de aquellos Constantinos que amortizaban también el poder religioso en sus manos, antes de que estuviera bien trazada la línea divisoria entre lo temporal y lo espiritual; los magnates parecían aquellos antiguos régulos y señores del Imperio bizantino, los cuales trataban de las materias eclesiásticas como pudieran tratar de las materias políticas; y cuando acababa de pasar la Asamblea de Letran, convocada por Leon X en Roma, sin lograr ninguna importancia y sin dejar de sí ninguna huella, la Dieta de laicos, entendiendo en materia de dogma y juzgando al fraile que promovía la revolución religiosa, demostraba, más que ningún otro de tantos reveladores síntomas, el irremediable decaimiento de la Iglesia y la venida irremisible ya de una nueva idea y de un nuevo espíritu. Si el Papa hubiera sentido su ministerio, como sintiera Lutero el suyo, no tolerara á un Emperador, á príncipes del mundo, á laicos sin autoridad y sin competencia, el juicio sobre doctrinas que comprendían toda la revelación y que amenazaban á toda la Iglesia. Nada señala tanto el triunfo de la revolución como esta extraña y singular Asamblea de príncipes temporales sobreponiéndose al Pontificado y al sacerdocio.

Prosigamos nuestra narración. Eran las cinco de la tarde, cuando Lutero entraba en la Asamblea. El sol, que descendía á su ocaso, mostrándose como rara vez se muestra en Alemania, inundaba de luz todos aquellos espacios y hacía resaltar todas aquellas vestimentas. Al oírse los primeros pasos del fraile todos los asistentes reprimieron la respiración; y el silencio sobrevenido en la Asamblea fué tan profundo que pudo hasta oírse lo más resonante en aquel sitio, el corazón de Lutero. Al verlo, todo el mundo se levantó, sin acordarse de la presencia del soberano, ni de los respetos debidos al ceremonial de aquella grandiosa corte. Lutero, al sentir el interés que despertaba, sintió también como que una gran nube cubría su frente y un gran dolor atenaceaba sus entrañas. Toda grandeza resulta para el infeliz que la soporta, un verdadero martirio. En todos los presentes del cielo se encierra algún áspid, que os